

PATIO DE LUCES

(SINFONIA DE LA VECINDAD)

POR MARINO GOMEZ-SANTOS

Vivo en un quinto piso. Mi cuarto de trabajo que es a un mismo tiempo dormitorio tiene una estrecha ventana que cae sobre el patio de luces. Por la noche, cuando enciendo la lamparilla que alumbra las páginas del libro que leo ó la blanca superficie de las cuartillas en que escribo, mi cuarto tiene semejanza por su tranquilidad y recogimiento con la recoleta celda de un benedictino.

Esta noche como muchas otras aprovecho un momento de descanso para apoyarme de codos en la ventana y encender un cigarrillo. Mis convecinos descansan, todo calla y reposa. Un perro ladra lejos; unas palmadas reclaman al sereno también lejos y la voz de la noche reproduce el sonido. Una gota de agua del grifo de la cocina taladra con insistencia cronométrica el silencio nocturno.

La luna, con una redondez y una blancura de moneda de aluminio de circulación legal, pasa por mi ventana.

El patio de luces se forma con la unión de cuatro paredes; cuatro altos muros con muchas ventanas que se me antojan nichos vacíos. Algunos tienen plantas; de otros penden jamones. Es como en los altares que se cuelgan en exvoto ofrecimiento piernas de cera.

El fondo del patio no lo distingo. Me imagino que allí empieza acaso la primera capa del agua o del fuego del infierno.

Mi cigarrillo se consume y lo lanzo a este espacio acotado que en sus cuatro paredes parece querer aprisionar todo el aire del universo. La pequeña ascua va marcando una elipse de puntos rojos, puntos de chispas. Yo lo sigo con la vista y contemplo como se apaga: es igual que si un gusano de luz entrara en una supuesta madriguera.

Oigo a mi espalda un ruido. La puerta se ha abierto con cuidado como si intentaran sorprenderme para robarme la cartera. Pero no hay que asustarse, aunque en la oscuridad de mi cuarto brillen intensamente unos ojos. Es el gato que con su cachaza habitual viene a dormir sobre los

cojines de una butaca vieja y me saluda con un delicado maullido.

No sé cuantos cigarrillos he prendido ni qué hora es a pesar de que en el fondo de este estuche de cemento suenan los cuartos y las medias con unas campanadas que parecen llegar hasta mí con sordina.

De vez en cuando en el fondo del patio, como un meteoro de charol cruza un gato negro con ojos que parecen lamparitas de linterna o focos de trenes en miniatura.

Amanece. Sobre el tejado, el pájaro de todas las mañanas me regala con sus trinos alegres. Lo veo bien y hasta observo su respirar. Es gris y tiene sobre el pecho una mancha tostada.

Dos chicas de la servidumbre del segundo piso desmayan sus despeinadas cabezas y luego sus brazos desnudos. Extienden una alfombra y la dejan caer sosteniéndola por un extremo para extraerle el polvo con dos largas estacas. Lo hacen con tal regocijo y ahinco acompañado de canciones de gramola verbenera que nos hace pensar en que quieren hacer competencia a los despertadores y a los gallos adelantándose a anunciar las seis de la madrugada.

Cuando sube el telón de la alfombra y se ocultan las de la servidumbre veo a través de una ligera gasa de polvo el fondo del patio que me parece muy entretenido. Desde mi ventana distinguo varias cuchillas de afeitar, paquetes vacíos de cigarrillos baratos, el estuche de un frasco de jarabe que se tomó en la primavera el señor del primer piso, el de varios tubos de pasta dentífrica que usa el vecindario y hasta varias hojas de periódicos mojados.

Una voz estridente de mujer sale de allá abajo, de los primeros nichos y pronuncia insistentemente un nombre propio anunciando una llamada telefónica. El señor del frasco de jarabe se afeita en el cuarto de baño a la vez que tararea «El tercer hombre». Una señora gruesa y desgredada de otro piso, hace gargarismos. Un joven sietemesino estudiante de bachillerato se



El Campo de San Francisco ofrece esta animación en las tradicionales fiestas mateinas

marca las ondas ante el espejo y canta con voz atiplada: «...que me gustas más que el coyote y que las papas con bacalao...»

La mujer del pescado asoma su moño por la ventana del descansillo del entresuelo y canta frenética su mercancía. Los chicos del tercero que son familia numerosa y duermen hacinados en una habitación, organizan verdaderas batallas campales con sandalias, zapatillas y almohadas de una a otra cama. Se oyen entonces voces de la servidumbre, gritos de la señora mamá de los niños, letanía insistente y desgañadora de la mujer del pescado que está probando allá abajo la resistencias de sus cuerdas vocales.

Ahora comienza el patio de luces a estar en su apogeo, como un mercado de trastos viejos con tráfico de judíos. Yo sigo apoyado de codos,

en la ventana pensando no sé qué cosas. El cielo que se recorta en el patio de luces como un cuadrilátero de cartulina azul me hace contemplar las nubes que pasan: ésta me parece la caricatura de un popular limpiabotas; aquélla, la silueta de una dama antigua con polisón...

Yo me figuro que estoy tan cerca del cielo —aquí en mi nido de águilas o de cigüeñas— que si me pongo de pié en el tejado puedo correr el peligro de romper con la cabeza el damasco del cielo y dar motivo a que por el agujero caigan al patio de luces todas las almas de las castas doncellas y de los santos varones que han sufrido por su aplicación en la tierra y esperan que les avise el bedel para el examen del Juicio Final.

Oviedo, agosto de 1952